

Ondjaki

(Luanda, 1977)

Estudió sociología en la Universidad de Lisboa. Su primera publicación fue el libro de poesía *Actu Sanguíneu* (2000). Ha recibido innumerables premios, entre ellos: Premio Sagrada Esperança (2004), Premio Literário António Paulouro (2005), Premio Jabuti (2010) y el Premio José Saramago (2013) por la novela *Los transparentes*, traducida en México. Entre sus publicaciones se encuentran: *Bom Dia Camaradas* (2001), *Os da minha rua* (2007) y *Avó Dezanove e o segredo do soviético* (2008). El cuento presentado es inédito.

LA MOSCA Y EL LADRÓN

*Uma dessas noites
tudo vai embora
leve-nos
ladrão.*

*[Una de esas noches
todo se va
llévenos,
ladrón.]*

73

Adriana Calcanhoto, cantando "noite"

UNA MOSCA LÁNGUIDA BAILABA.

El sonido llegaba, libertino, del mar —como un viento endulzado. La mosca ejercitaba movimientos concisos, rápidos, frenéticos. Transe o truco deformado. Su cuerpo obedecía a una interferencia magnética no perceptible. Pero de que la mosca bailaba, bailaba.

Las nubes arrullaban la madrugada. La brisa débil traía en sí restos de sal, y memorias, y sonrisas de vidrio que en cualquier momento se podían quebrar.

Tal vez el amor sea eso: restos de vidrio y bellas cicatrices.

Él dormía en el cuarto. El acuario dormía en la sala. Los peces no.

"Una de estas noches..." le decía yo.

Él dormía, bajo el mosquitero encarnado.

“Quiero que me des un mosquitero, pero que sea encarnado”.

Distinguí con nitidez los pasos del ladrón en la cocina. Hasta calculé su peso. Me afligía no detectar ningún olor. Descansó lo que era un bolso o una mochila pequeña. Fue acumulando objetos. Tal vez mi cuchara preferida. O mi plato hondo traído de Argelia con dibujos finos hechos a mano, recordando estrellas en el cielo del desierto frío. Mis tazas de todos los cafés tomados. Todo lo que ordenaba mi obscuridad en una pauta de gestos cotidianos. Mi obscuridad. La obscuridad de la sala.

Había una ventana enorme. Cabían en ella la madrugada y la mosca.

La mosca era, como otras, pequeña. Una vez, el amor había sido enorme. Del tamaño de una obsesión.

74

“Una de estas noches todo va a cambiar”.

Él dormía bajo la paz encarnada del mosquitero. Se deslizó, el ladrón, de la cocina a la sala. Sin dudar. La mosca paró su baile.

Me vio. Comprendió que, sin haberlo visto, yo ya sabía de su presencia. No habiendo gritado, ya no lo haría. El ladrón no podía gritar.

Descansó la mochila en el suelo, como gesto de entrega. Miró la sala, el armario de madera. Tocó los libros como si supiera de ellos. Miró a la mujer en la sala. Era yo.

Vio la ventana. La mosca todavía estaba allá. La madrugada también.

Traía en los pies un par de sandalias dotadas de una simplicidad conmovedora, los pies limpios, y ni acercándose pude identificar su olor. Algún rastro de incienso. Tal vez madera ya esculpida.

—¿Qué se lleva de esta casa que no encontró en las otras?

El ladrón se sentó en el sofá conmigo. Pero no muy cerca.

—Comida.

Cruzó las piernas como si no tuviera prisa. Yo miraba alternadamente al ladrón y a la mosca. Él dormía allá adentro, en el cuarto. La ventana acogía a la mosca.

—También están los libros de poesía reunida, eso le ahorrará algo de trabajo. Llévase por lo menos la poesía oriental y la brasileña.

Él asintió con la cabeza. Cerró los ojos, respirando hondo, liberándose no del cansancio, sino de una especie de futuro. Me miró de nuevo. El ladrón emanaba una cierta culpa. Confundido por no saber qué más decir, sentía cada ofrecimiento como un dardo doloroso.

—Lléveme con usted, ladrón.

—Voy muy lejos.

—Ése es mi deseo.

Se levantó. Tomó uno de los libros de poesía reunida.

75

—Tengo una vida muy ocupada. Mujer y dos hijos. No me lo tome a mal.

Me extendió la mano. Se tocaron los cuerpos. Era una mano no de hombre sino de persona. Traía en ella, confirmé, un cansancio más allá de las actividades diurnas o de las cosas materiales. Y, en esa proximidad, constaté, que no poseía olor alguno.

La mosca volvió a sus movimientos desordenados. En su baile había algo de caos organizado.

Sin embargo, el tiempo de exposición de la danza no me permitiría detectar un patrón. El cuerpo del ladrón obedecía a una melodía de retirada que no sufriría ninguna interferencia femenina.

La madrugada contenía en sí restos de sal, sonrisas y memorias de vidrio que en cualquier momento se podían quebrar.

Tal vez el pasado sea solamente una bella cicatriz.

Regresé al cuarto. Había un mosquitero. Era encarnado. En el mosquitero, había una rendija abierta. Nadie

dormía en la cama. No hubo, nunca, un hombre dormido en mi cama.

Difícil es aceptar recuerdos.

Sé de un ladrón que no libera olor alguno. Y (que) nunca había visto a una mosca bailar.

Traducción de Mirian A. Paredes Tavera ❀